

Grada popular

Ocho aficiones que animan a la contra

Ignacio Pato

Prólogo de Bob Pop



Panenka

Ignacio Pato (Madrid, 1981) es periodista. Ha escrito reportajes, entrevistas y columnas en medios como *elDiario.es*, *El Salto*, *Ŷacobin*, *La Marea* o *Panenka*, entre otros. Jugó al fútbol de manera aficionada pero constante en pistas de barrio y equipos con nombre de bar de desayunos o de grupo de punk mesetero y laísta como Los Chicos. Eso fue hasta que en su camino se cruzaron varios esguinces y ese momento de la adolescencia tan concreto en el que empiezan a pesar demasiado los madrugones de los sábados.

Grada popular

Ocho aficiones que animan a la contra

Ignacio Pato

Prólogo de Bob Pop

Panenka

Primera edición: octubre de 2022

© Grada popular, 2022

© Ignacio Pato Lorente

© Prólogo: Bob Pop

© Ilustración de portada: Joan Manel

Diseño y maquetación: Anna Blanco Cusó

© Grupo Editorial Belgrado 76, S.L.

C/Grassot 89, bajos

08025 Barcelona

www.panenka.org

ISBN: 978-84-124525-6-3

Producción del ePub: booqlab

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento sin el permiso

expreso de los titulares del copyright.

*A Nadia, ni este libro ni la luz en
muchos días existirían sin ella.
A Carmen, Emilio y Alicia, por tanto,
que es todo. A Nicolás, referente.
A Martín, que ya viene.*

“El narrador quiere saber, por eso narra”,
Belén Gopegui

*“No vemos más allá de lo que alumbra
la escasa luz de nuestras linternas, pero
con ella podemos viajar toda la noche”*,
Rebecca Solnit

PRÓLOGO

NOTA DEL AUTOR

Liverpool:
¿QUÉ HARÍA HOY BILL SHANKLY?

AEK:
MADRE DE TODOS LOS REFUGIADOS

Nápoles:
NO SABEN LO QUE SE HAN PERDIDO

Velez Mostar:
EL DERECHO A TENER PRESENTE

Olympique de Marsella:
REBELDÍA *FADA*

Rapid Viena:
UNA MEMORIA EN ROJO Y VERDE

Besiktas:
EL ÁGUILA DEL BÓSFORO

Rayo Vallecano:
VIDA PIRATA EN EL CORAZÓN DE LA BESTIA

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

Bob Pop

“Te escribo por si necesitas que te dé alguna pauta más sobre el espíritu del libro, o al menos que te diga las ciudades de cada capítulo, que son: Liverpool, Atenas, Nápoles, Mostar, Marsella, Viena, Estambul y Vallecas.

Todas tienen equipos potentes e historias intensas y en todas he estado. La intención, como creo que habrás visto, es hablar de otras cosas con el fútbol como excusa. Intento que haya un poquito de relato de viaje (no sé si conseguiré que te den ganas de ir), de barrio, de clase, de antifascismo, de historia y de política en presente. Que pueda funcionar como un librito medio interesante para personas a las que el fútbol les da igual o directamente no les gusta demasiado. De hecho, diría que el principal objetivo que me he marcado es ese, que los textos puedan romper la barrera del público habitual”.

Aunque la amable propuesta de Ignacio Pato fue que yo me hiciera cargo del prólogo de este “librito medio interesante”, creo que me perdonará haber empezado mi texto preliminar copiando ahí arriba uno de los correos electrónicos que me escribió entre capítulo y capítulo según me los iba enviando para mi disfrute y emoción. Sé que Pato me perdonará porque mi revelación de parte de nuestra correspondencia privada no se debe a mi vagancia ni a ningún afán chismoso, sino a que sus palabras apresuradas en un mensaje informal, no literario, demuestran que el autor tenía muy claro el objetivo de su obra, el afán de contar sus historias con el fútbol como excusa de tantas cosas mayores y menores (aunque mucho

más importantes) que los equipos, sus aficiones, sus héroes y sus miserias. Y que ha cumplido su propósito con éxito.

Hizo bien el escritor en pensar en mí como ariete para romper la barrera del público habitual; porque no me interesa el fútbol –salvo como escuela neoliberal de contabilidad creativa– y, sin embargo, me fascinan las historias de paisajes futboleros que van pasando por las páginas que siguen a estas palabras mías, que no son las importantes.

Cada capítulo de este libro es un mapa sin nostalgias de territorios que querrían parecerse a lo que intentaron ser; a los símbolos de sus escudos, al significado de los colores de sus camisetas y a la épica de sus himnos. A lo que queda, después del colapso, y que Pato entendió porque visitó todos esos lugares; observó, preguntó, leyó y ha sabido contarnos sobre ellos con una erudición precisa, empática y carente de esa sobreactuación lírica que suelen chorrear otros libros futboleros –con perdón–, cuyos autores parecen más preocupados por demostrar que su condición de aficionados no merma sus capacidades cursis que por cualquier otro fin. Lo de Pato es todo lo contrario: él no escribe para demostrarse nada sino para hacernos felices –tal como ya hizo, hace más de 50 años, el periodista deportivo Ota Pavel en su magnífica colección de crónicas y retratos de atletas de la Checoslovaquia comunista, *El precio del triunfo*– y llevarnos a lugares que, sin él y su ejercicio de memoria colectiva, ya no existirían.

Lamento decir que, después de leer este precioso libro que estáis a pocas páginas de empezar a disfrutar, ya no puedo asegurar que no me guste el fútbol: si me lo cuenta Ignacio Pato me encanta, me acoge y me motiva. Lo malo llega cuando el fútbol me lo cuentan los demás y solo suena a dinero, a masculinidad tóxica y a orgullos equivocados.

Y ahora, por favor, leed este libro: del tirón o a capítulos sueltos en los ratos que os permita la vida. Pero, sobre todo, leedlo para darme la razón, que es otra de las cosas que más me gustan en el mundo: compartir el entusiasmo por los placeres literarios inesperados, que me llevan a lecturas más allá del algoritmo y de mis propios prejuicios.

Y termino. Ya termino. Y lo hago como empecé: desvelando partes de mis conversaciones privadas con el autor de este delicioso atlas de fútbol

emocionante:

“He llorado un poco con el de Vallecas...”, le escribí a Ignacio Pato en uno de mis correos electrónicos. A lo que él me respondió con un “Jo” seguido de un corazoncito y una carita con una sola lágrima. Y sé que era todo verdad. Como este libro.

NOTA DEL AUTOR

Nuestra mirada le da sentido

“**N**o te pega que te guste el fútbol” es una frase que he escuchado alguna que otra vez. Podríamos hacernos los tontos —“¿a qué te refieres?”— pero creo que todos entendemos por dónde va. Tanto, que da incluso apuro escribirla por si parece el típico y patético autopiropo camuflado de anécdota: si este deporte se asocia a actitudes irreflexivas, ánimos inestables o comportamientos invasivos, alguien a quien la mirada de los demás considera libre de ellas debería sentirse aliviado, una persona madura, un ciudadano respetable. Le pueden entrar a uno entonces ganas de debatir sobre el carácter popular de este juego, su compleja y a la vez estúpida y sexi sencillez o incluso argumentar que, simplemente, el fútbol se compró a tocateja una casa con jardín en el corazón de este inesperado aficionado desde que tiene —qué paradoja— uso de razón. Y, sin embargo, hasta el fan más *hardcore* tiene que reconocer que en esa discusión pesan décadas de una industria que parece empeñada en quedarse sola dilapidando una fama que, por otro lado, puede que quizá no fuera siempre tan limpia. Hace más de un siglo los ingleses ya decían que esto era un deporte de caballeros jugado por bárbaros. Lo cierto es que los trabajadores de las fábricas habían empezado a ganarles a los equipos *amateurs* de las universidades prestigiosas y estaban exigiendo profesionalizarse porque jugar les hacía perder dinero. Hablar de monedas siempre es antipático y corre el riesgo de acabar etiquetado de bárbaro. Hoy diríamos que esos

trabajadores no aceptaron cobrar en visibilidad. Así que tradición sindicalista en el fútbol hay. Otra cosa es que el éxito de este juego lo convirtiera en un bocado evidente para el capital y su apetito insaciable. Un deporte sencillo de jugar, barato como el que más, con equipos que podían representar barrios, ciudades, países sobre un terreno de juego durante 90 apañados minutos era presa fácil. Que no se entere Elon Musk o monta el Terrícolas Club y una liga interplanetaria.

Pero en esta industria, decimos, ningún aficionado que se precie debería obviar que el fútbol ha sido la casa común de todo tipo de actitudes y actos excluyentes, xenófobos, racistas, homófobos, violentos en definitiva, que casi siempre han ido a favor de corriente en un mundo que sigue deformando y castigando al *otro*. Sabemos que un gran partido de fútbol puede originar incluso un injusto estado de excepción cuando turistas de un equipo visitan una ciudad y se les permite ocupar las calles de una manera que sería impensable que pudieran hacer las que las habitan en el día a día. Y claro, dijimos *industria*. Porque el fútbol es una industria del entretenimiento con unos sueldos inflados en la élite, pero también con una galaxia de intermediarios y gestores absolutamente desproporcionada. En muchas ocasiones, cabe preguntarse a cuántos de ellos les gusta realmente el balón.

Vivimos tiempos extraños. Cada día hay tres o cuatro “últimas horas”, pero el fondo de la realidad parece inmutable. De alguna manera, hemos interiorizado que casi todo lo que puede pasar, si es que hay novedades, va a ser una catástrofe. *No news good news* se articula en una versión moderna que, además, tiene que ver con la avalancha de *inputs* a los que estamos sometidos a diario. La necesidad de tranquilidad se ha hecho espíritu de época. Es habitual llamar “vivir momentos históricos” a pandemias, desastres *naturales*, crisis económicas o guerras. Pero no a descubrimientos de vacunas, medidas contra la crisis climática, avances en materia de protección de los trabajadores o acuerdos de paz. La oscuridad conquista en exclusiva las condiciones de verosimilitud y posibilidad. El fútbol vive también un momento particular. Quizá uno clave, una transición en la que

está pasando de ser el deporte que hemos conocido nosotros y nuestros antepasados de hace siglo y medio a ser algo muy diferente a eso. Es un proceso que dura ya varios años. Se nos ha privatizado la sanidad, la educación y el transporte y todavía vivimos algunas generaciones que recordamos que eso no es lo normal, pero se corre el riesgo de que dentro de varias décadas los servicios públicos queden, más que como un derecho fundamental, como una anomalía histórica. El ocio también ha sido de alguna forma privatizado. No es que las salas de cine o los estadios fueran públicos —aunque de los últimos alguno propiedad de la ciudad que lo alberga queda—, pero la manera en que vemos cine o fútbol, dos indiscutibles del tiempo libre hace no tanto, ahora es mucho más individualizada y en casas, el espacio privado por definición. La caña o la cena de después comentando la película o el partido con amigos puede ser sustituida por un *posteo* —las redes sociales son muchas cosas, pero una de ellas es una respuesta barata y cómoda a un paisaje, unas infraestructuras y un gasto público desmantelados— que en el fondo responde menos a la necesidad de comunicarnos que a la de ahorrar tiempo. El fútbol es también uno de los incontables damnificados por la ofensiva del capitalismo productivista contra nuestra agenda. En esta era del “no me da la vida” que hace de cada jornada un achique de agua eterno, somos modernos Sísifos que ya no suben una roca a la montaña, sino que han sido degradados a cambiarle los cubos de agua a una gotera en bucle. Una hora y media de nuestra atención en exclusiva es más cara ahora que hace diez, 15 o 20 años, y no me refiero solo a su precio en dinero.

La retahíla de males del fútbol la conocemos bien. Las sociedades anónimas deportivas esfumaron voz y voto de los aficionados en sus clubes. Entradas caras. Apuestas que envilecen el deporte y lo convierten en un improbable vehículo de lucro personal —porque mucho se dice que “el fútbol no nos da de comer”, pero qué mundo tan tristón sería uno en el que solo te emocione aquello que te da de comer—. Cambios de escudos, de colores. Estadios calcados unos de otros. Porterías con redes estandarizadas que han contribuido a dejar de hacer únicos los goles. Los resúmenes son solo de los goles y no hay repetición. Futbolistas inalcanzables pero a la vez

independizados de la vida de la mayoría de sus aficionados. Adultos sobre el campo celebrando un tanto apartándose a manotazos a sus compañeros para señalarse su propio nombre. Un mercado de fichajes condicionado por demasiados intereses que ha hecho imposible memorizar la alineación de un equipo durante dos temporadas seguidas. Un Mundial en un lugar donde no se respetan los derechos humanos más básicos, aunque en esto la FIFA ya tenía experiencia. Una cultura corporativa falsamente aséptica. Empacho de partidos repetidos hasta la saciedad que han dejado de ser memorables. Proyectos de emancipación de ricos como la Superliga contra la ley del césped, prácticamente la última meritocracia en la que todavía poder seguir creyendo. El juego sigue siendo el de siempre, pero sus dirigentes vuelven cada vez menos excitante, cada vez más anodino o incluso desagradable todo lo que lo rodea. El guionista Tonino Guerra escribió un poema al salir de un campo de concentración:

*Contento, lo que se dice contento,
he estado muchas veces en la vida
pero más que ninguna cuando
me liberaron en Alemania
que me quedé mirando una mariposa
sin ganas de comérmela*

La mariposa de Guerra era siempre la misma. Lo que cambiaba era la percepción que el poeta tenía de ella según su situación. En cautiverio, era alimento. En libertad, belleza. El fútbol sin gente o cada vez más alejado de ella puede seguir siendo fútbol. Pero son nuestros los ojos y la emoción de los aficionados los que le dan, como a casi todo, un sentido. El fútbol sin esa mirada no es apenas nada.

Liverpool, Atenas, Nápoles, Mostar, Marsella, Viena, Estambul y Vallecas. Son lugares —la última, ciudad hasta 1950, estaría en el *top ten* de municipios más poblados de nuestro país si sumásemos sus dos distritos— capaces de enamorar al más pintado. Puede que alguna no salga en la lista

de sitios que tienes que ver antes de morir —¿puede el mundo dejar de poner deberes todo el rato?—, pero estoy seguro de que si alguien decide hacerlo después de leer este libro no le defraudarán. Son ciudades donde la Historia se agolpa de una manera que a veces puede llegar a abrumar. Pasados difíciles o episodios directamente terribles, traumáticos, que a uno se le hacen difíciles de imaginar en su justa medida. Pero también escenarios que no se han quedado congelados en el tiempo y en los que se siguen librando batallas presentes. Lugares que superan con mucho a lo que se pueda decir de ellos. A todos es fácil llegar con una determinada mirada de visitante que busque la confirmación de cierta imagen preconcebida. Todos, sin embargo, obligan al visitante a ajustar una mirada que se va enriqueciendo poco a poco. Son ciudades tan generosas como lo son sus gentes, que ilustran aquí cómo un equipo de fútbol puede llegar a ser un refugio interior y a la vez una comunidad proyectada hacia el exterior, una fuente de autoestima colectiva, un conjuro casi anacrónico desde el punto de vista de un mundo que atomiza y hace reset continuo. En los Nápoles, Rapid, Velez, AEK, OM, Besiktas, Liverpool y Rayo Vallecano, la construcción de una identidad propia coincide con una común. Son entidades casi centenarias, han sido o son habituales de sus respectivas élites nacionales y se funden fácilmente con sus ciudades. En esta selección hay un equipo seis veces campeón de Europa y otro que nunca ha ganado las ligas de los dos países que ha habitado. Hay conjuntos que viven una de sus mejores épocas deportivas y otros que apenas han destacado en este siglo. Están los que proceden de la misma ciudad pero casi juegan en continentes diferentes y los que forman parte de los eternos aspirantes. No son los únicos ni serán los últimos mohicanos del fútbol, pero sí son clubes en torno a los cuales se han formado y desarrollado comunidades humanas que permiten explorar casi todo aquello que puede explicarnos el fútbol sin hablar solo de lo que sucede en el césped. Sus historias no son únicamente las de títulos, fracasos o goles inolvidables, sino que reflejan cómo este deporte, esta industria, este juego en realidad, se articula en realidades políticas, sociales y culturales muy concretas. Muchas, por ejemplo, reflejan la importancia de los movimientos